

NOTAS ETNOLÓGICAS



I

¿Quién podrá determinar y establecer á ciencia cierta, las relaciones que en el pasado existieron entre familias, pueblos y razas?

¿Quién presentir y adivinar los destinos que el porvenir encierra para esas mismas colectividades unidas y separadas por las vicisitudes del tiempo y los vaivenes de la civilización, como navíos de una flota errante en viaje sin fin á través de las tempestuosas olas de un océano sin límites?

Solo en vagas y ya casi perdidas tradiciones se conserva el recuerdo de antiquísimos lazos con que un día se vieron unidas gentes separadas hoy por todo género de elementos, y tenidas por de origen y nacionalidad muy diversos.

Allí donde la historia no alcanza, principia la duda, y lo que la ingenua mente de los primitivos hombres transmitió por enseñanza oral de padres á hijos á sucesivas generaciones, trastrocado en la imaginación de estas bajo la múltiple acción del tiempo, las luchas, las emigraciones, la conmistión de gentes, la alteración de costumbres, los cambios de dominación, las dificultades de la vida y las influencias de toda especie, solo llegó hasta nosotros para servir de blanco á los tiros de la crítica que vino á convertir en negaciones científicas las más poéticas y acaso más verídicas afirmaciones.

El espíritu humano es un monumento perpetuo para la historia, y lo que en él grabó el tiempo, el tiempo lo respeta más que á las más indelebles inscripciones grabadas sobre el bronce ó sobre el mármol.

Y bien pudiera afirmarse que la erudición de los sabios hizo ma-

yores estragos en ese monumento vivo, que los causados por la acción de los siglos en la materia inerte.

Los pueblos ignorantes y sencillos fueron vehículo fiel de sus tradiciones y depósito inquebrantable de sus creencias. Los pueblos ilustrados al desarrollar prodigiosamente las fuerzas de su inteligencia, perdieron las de la memoria. Aprendieron lo desconocido y olvidaron lo que antes conocían. Esto llegó a ser para ellos tan incomprensible, como lo hubiese sido aquello para sus antepasados. La infancia y la edad viril en los pueblos como en los individuos, no se entienden ni se corresponden con facilidad nunca.

Así nosotros que conocemos tantas verdades ocultas á la inteligencia de los primeros hombres, tratamos en vano de descubrir otras que para ellos fueron hechos claros, tangibles y evidentes.

II

Es opinión universalmente aceptada que los Celtas poblaron la antigua Ir, Eri ó Erin, y que *erinac*, lenguaje de los Irlandeses, constituye con el *erso*, idioma hablado en la alta Escocia, las dos ramas conocidas del antiguo cético, representado hoy por el gaélico.

Y es asimismo principio establecido como inconcuso, que el pueblo basco es el descendiente directo de los Iberos, primitivos pobladores del suelo español, y que el euskara, euskera ó bascuence es en sus varios actuales dialectos la única representación viva del idioma ibérico.

Si se ha de dar fe á conclusiones establecidas por modernos etnólogos, representan los Celtas una de las ramas de Japhet. Riphath, hijo de Gomer y nieto de Japhet, estableció su descendencia en los montes Rifeos (hoy Carpathos) desde cuyo centro se extendió despues con los nombres de Celtas y Galos por el norte de Europa, poblando diversas comarcas.

Otro hijo de Japhet, Magog, dió origen á numerosas tribus que constituyen hoy la raza secundaria denominada Turania, una de las más extensas y dilatadas que se conocen, tanto por lo numeroso de su población, como por el espacio que esta ha ocupado. Subdivídese esta raza en dos grandes ramas ó familias: la de los Ugro-Fineses, y la de los Dravidianos. Comprende la primera á los habitantes del Turquestán y de las estepas del Asia central, y en Europa á los Húngaros

(grupo turco), á los Filandeses, Esthonios, Tchuds y tribus del septentrión de Europa y Asia (grupo Uralo-Finés).

«La familia Dravidiana de origen meridional, abraza los pueblos indígenas del Hindostán, Tamuls, Telingos, Carnates; los cuales parece han debido arrojar á los negros del grupo australiano, primeros habitantes del suelo, cuya sangre se ha mantenido en la tribu semisalvaje de los Khonds».

«La raza Turania es una de las más antiguas del globo. Parece haberse extendido al mismo tiempo que los Chamitas, y pueden reconstituirse los principales caracteres de una época en la que los hijos de Turan y de Kusch ocupaban solos la mayor parte de la Europa y del Asia, mientras los Semitas y los Arias no habian aun abandonado las regiones que sirvieron de cuna á nuestra especie. Los cráneos descubiertos en Francia, en Inglaterra y en Bélgica en las cavernas del fin de la época cuaternaria parecen puramente caracterizados como pertenecientes á la raza turania, al grupo uralo-finés, asemejándose sobre todo á los Esthonios. Casi por todas partes donde la raza Jafética ó indo-europea pura se extendió, encontró una capa de población turania anteriormente establecida, á la que sometió, y se asimiló. Así *aconteció en las comarcas de la Europa occidental donde los Bascos descendientes de los antiguos Iberos, son quizás el último resto de esta capa primitiva de habitantes*; en el Hindostán, en el interior de la Persia y de la Carmania, cuyo litoral Sud estaba ocupado por los Kuschitas. En la Media y la Susiana el elemento turanio luchó con mayor ventaja y consiguió mantenerse al mismo nivel que el elemento aryo. Entraba también por parte considerable en la población originaria de la Babilonia y de la Caldea donde parece haber suministrado la clase dominante y sacerdotal». (LENORMANT).

Despréndese de lo expuesto que, tanto la familia Celta, como la Ibera, pertenecen á la raza Jafética. Que la segunda precedió en la ocupación de la tierra á la primera. Que los celtas son considerados como de raza indo-europea pura, mientras que los Iberos, comprendidos en la raza turania quedan con esta clasificados como tipo intermedio ó de transición entre la raza amarilla y la blanca ó indo-europea. Que al ocupar los Celtas las tierras pobladas ya por Iberos sometieron á estos últimos y se los asimilaron. Que en algunos países como la Media y la Susiana, ambos pueblos conservaron sus caracteres propios sin quedar ninguno de ellos propuesto, vencido ni asimilado.

Que en algunas regiones ocupadas al occidente de Europa por el elemento turanio, se dió el caso de permanecer éste intacto, es decir, independiente y dueño del territorio poseído, como lo vemos en los bascos ó Iberos, últimos restos de esa capa primitiva de población que en otras regiones sucumbió al empuje de los pueblos indo-europeos.

Esto pudiera acaso explicar el fenómeno observado por los que al estudiar el tipo, las costumbres, lengua, tradiciones, etc., del pueblo euskaro, encuentran grandes analogías entre este y otros de diversa raza situados en lejanos confines y aislados entre sí por la interposición de gentes extrañas.

En las comarcas donde los caracteres de la primitiva población arraigaron más y persistieron las analogías resultan mayores con relación á ese *tipo primitivo*: v. gr. entre algunos habitantes de los montes Urales, citados por H. Charencey, en la Tartaria, segun el baron Tecco, entre los Fineses, etc.»

El doctor Ware (citado por D. M. Góngora en sus Antigüedades prehistóricas de Andalucía), exminando los caracteres de los gaëllos y los Kimris, ha considerado estos pueblos como los primeros habitantes de las islas Británicas: y emitido la opinión de que fueron precedidos por una raza más antigua, la de los Iberos, que habia tambien ocupado la península (España) y cuya lengua radicalmente distinta de todas las que usan los pueblos europeos, no se habla en la actualidad sino por los Bascos en Francia y por los Bizcainos en España.

De suerte que podríamos afirmar que hubo Iberos en Inglaterra como hubo Celtas en España. Que los primeros fueron pobladores de ambos países, y los segundos invasores de los mismos cuando ya estaban poblados por Iberos. Que estos últimos predominaron en el territorio basco como los Celtas predominaron en el suelo irlandés. Y que este respectivo predominio del uno ó del otro pueblo determinó diferencias entre ambos países al paso que la influencia del menos poderoso imprimió también caractéres secundarios á la población que si en Euskaria pudo ser Ibero-Celta en Irlanda resultó Celto-Ibera. Y por una ley natural, establecido el predominio de una de ambas razas, el tiempo lo robusteció engrandeciéndolo, y consolidándolo á expensas de la vencida, viniendo á hacer casi exclusivamente de los Irlandeses Celtas, y de los Bascos, Iberos.

EDUARDO DE VELASCO.

(Se continuará)



NOTAS ETNOLÓGICAS



III

Si del examen comparado de las razas pasamos al estudio comparado de las lenguas, las deducciones de los sabios nos llevarán á establecer análogas relaciones entre esas dos antiquísimas familias pobladoras de gran parte del suelo europeo; los Iberos y los Celtas.

A las poblaciones de raza turania corresponden los idiomas turánicos divididos en dos principales familias: la tártaro-finesa y la dravídiana.

Y así como aquella raza representa la transición entre la mongólica ó amarilla y la caucásica ó blanca, estas lenguas representan la transición del monosilabismo á la flexión primera y última etapa conocidas en el desenvolvimiento del lenguaje, encontrándose en la etapa segunda ó sea la aglutinación, por lo que son denominadas lenguas aglutinantes.

A este tipo, según afirmación general, corresponde el bascuence. Pudiéndose creer que, si el pueblo que lo habla es la más pura y legítima representación que nos queda de la antigua raza ibera, esa lengua debe ser también el más genuino y puro ejemplar del idioma usado por aquella raza en la época de su inmigración al continente europeo. Siendo sin duda alguna en tal concepto, superior á las demás lenguas aglutinantes ó turanias; el finlandés, el magyar, el estonio, el lapón, los dialectos del Ural y del Altai, y los hablados en el Turquestán y el Hindostán.

A la raza Jafética pura corresponden los idiomas indo-europeos

distribuidos por los filólogos en seis grupos: Indio, Iranio, Pelásgico, Greco-latino, Germánico y Céltico.

Las lenguas pertenecientes a este último grupo, ó sea el céltico, están consideradas como las más distantes de su origen geográfico y las más alteradas en su estructura gramatical. La lengua latina destruyó de las Galias el lenguaje céltico, quedando su recuerdo en el breton de las costas septentrionales de Francia; en el kímrico del país de Gales, en el córnico del condado de Cornuailles, y finalmente en el gaellico ó erso de la Alta Escocia, é Irlandés.

No parece facil confundir el lenguaje de los Iberos con el de los Celtas, puesto que el primero pertenece á los idiomas aglutinantes y el segundo á los de flexión, debiendo por tanto diferenciarse entre sí, como se diferencian la raza amarilla de la blanca.

Mas ya hemos visto que la raza turania Ibérica considerada como de estirpe Jafética ofrece caracteres de la mongólica, por lo que se la clasifica como raza *intermedia*. Algo semejante pudiera acontecer respecto del lenguaje usado por esa raza. Si consideramos esta lengua como superior entre las aglutinantes y la Céltica como inferior entre las de flexión, posible será hallar entre ellas aproximaciones y analogías nacidas de su proceso biológico y de reciprocas influencias entre los pueblos que las usaron. Ya que en la formación y progresos del lenguaje no puede precisarse momento ni motivo que determine las semejanzas ó las diferencias, bien así como acontece respecto de las formas orgánicas de los seres en la escala zoológica.

«Sería afirmación muy exagerada, (dice Lenormant hablando de las lenguas semíticas é indo-europeas) declarar imposible que esas dos familias lingüísticas hayan sido en su origen hermanas. Filólogos de grande autoridad consideran las lenguas aryas como nacidas de las influencias modificadoras que las lenguas semíticas han ejercido sobre las lenguas turanias».

EDUARDO DE VELASCO.

(Se continuará)



NOTAS ETNOLÓGICAS



IV

Tales conclusiones se desprenden de los modernos estudios etnográficos y filológicos, estudios que á no dudarlo, ofrecen sobre los más antiguos la ventaja de su universalidad y de su método científico.

Mas sin desconocer su mérito y su importancia, y sin negar en tésis general la verdad de sus conclusiones, en lo que a ciertas soluciones particulares se refiere nos es imposible olvidar los trabajos realizados por ilustres sabios españoles como Larramendi, Astarloa y Erro, profundos conocedores del idioma euskaro, en el que hallaron fecundo manantial de interesantes descubrimientos.

Afirma el último de los autores citados, en su obra *«Alfabeto de la lengua primitiva de España»* que «el idioma ibero, el céltico, el celtibérico y el bascongado, no eran más que un mismo é idéntico lenguaje, sin más variedad que la que le daban la diversidad de los dialectos con que se hablaba y habla en el día». Y añade: que, «los celtas vinieron á España con los primeros pobladores de ella incorporados como miembros de una misma nación en esta dilatada expedición».

Por aventurada que esta afirmación parezca, merece atención, emitida por un hombre que, como Erro, consiguió leer y descifrar las más antiguas inscripciones españolas tenidas hasta entonces por indecifrables, reconstituyendo el alfabeto usado por los primitivos pobladores de nuestra península.

Y si se tiene en cuenta que los autores que han tratado de dilucidar esta materia (v. las notas al Mariana, edic. de Gaspar y Roig, 1848) mencionan como lenguas principales de los antiguos pobladores de España el *bascon*, la *celtibérica*, el *bástulo* y el *turdetano*; reduciendo el alfabeto bástulo al fenicio, el celtíbero al griego primitivo y al pelásgico, y el turdetano al griego y al fenicio, sin decir nada del bascon; y que Erro con este último alfabeto interpretado por él, dió satisfactoria lectura á muchas inscripciones de monedas y monumentos tenidos por celtibéricos; y que las palabras en esas inscripciones leídas resultaron ser todas del idioma euskaro ó bascuence, se comprenderá que las opiniones de tal autor deben tener algún mayor valor que simples lucubraciones basadas en cálculos más ó ménos probables.

Los monumentos estudiados por Erro pertenecían á localidades muy apartadas de la región euskara, donde se atribuye mayor asiento y estancia al pueblo denominado ibero. Eran vasos, medallas y lápidas esparcidos por diferentes provincias: restos de una civilización que se extendió por toda la península.

Ahora bien, si todas las inscripciones halladas entre esos restos son euskaras, como lo demostró Erro, y la lengua euskara es la ibérica, tendremos que la raza y civilización ibéricas ó euskaras fueron las únicas (de existencia probada) que durante larguísimo tiempo ocuparon y dominaron toda la península sin que se encuentren vestigios semejantes de los celtas y celtíberos.

Si esos monumentos son célticos, entonces el euskara es la lengua céltica.

Y si, como se ha venido afirmando, las referidas monedas, etc., son celtibéricos, en tal caso el pueblo y el idioma bascongados son el pueblo y el idioma celtibéricos.

Y hé ahí porqué la proposición de que, todos estos pueblos y sus lenguajes eran uno mismo é idéntico, simplifica notablemente la cuestión de nuestros aborígenes, según las teorías de Erro.

La convicción profunda que en tal asunto abrigaba este autor, la tuvieron también autores eminentes de la antigüedad y modernos sabios extranjeros. «Los iberos (dice Cesar Cantú) reputados como pueblos algo diversos de la raza India, y con más afinidad con la Semítica, habitaron desde antiquísimos tiempos la península más occidental (España), llegando á ella acaso por mar desde Italia y á Italia desde la Iberia asiática y dando origen á los Turdetanos, Lusitanos, y Cán-

tabros españoles: á los Aquitanos de la Galia; á los Ligurios de la Italia, y á los Bascos. *El idioma de estos que hasta ahora se consideraba como de familia diferente, se reduce también á la clase de los Indoeuropeos y según Edwads es análogo al Celta.* Esto tiende á desvanecer la ilusoria diferencia cuanto es posible entre aquellas remotísimas tinieblas y en tal caso puede decirse que los iberos pertenecen también á la gran familia céltica, que quizá es la misma que la escita, y que con el nombre de Gaios y Cimbrós se estableció en la Galia. Allí los primeros (galos) dieron origen á los Ecuos, Secuanos y Arvernos, y se difundieron por Italia con la denominación de Umbrios, y en Bretaña con la de Galeses, mientras que los Cimbrós, con los nombres de Boios, Belgas, Armóricos y Bretones, arrojaban hácia el Septentrión á los primitivos moradores: hasta que habiendo sido subyugados no sobrevivieron más que en los Galeses de Escocia é Irlanda y en los Bretones del país de Gales y de la Bretaña francesa. Cierto es que los nombres de Iberos, Ligurios y otros semejantes figuran en países remotísimos, *hasta en la Hibernia*, por una parte, y entre los Ligurios del mar Negro, por otra, donde los coloca Scilace».

El mismo historiador, refiriéndose á los Iberos españoles, dice, no puede verse en ellos *«sino la oleada más antigua de la invasión que hicieron en Europa los Celtas ó Escitas asiáticos, á los cuales se habrán mezclado otras naciones escitas y semíticas por el Mediterráneo y el litoral de Africa».*

Y hablando de la distribución de las naciones por lenguas, se expresa así: «los Bascos, Bizcainos, Euskaldunak, ocupan en Francia los departamentos de los Altos y Bajos pirineos: y en España las cuatro provincias de Navarra, Alaba, Bizcaya y Guipúzcoa. *Son los restos de los Celtíberos ó Iberos primitivos que ocupaban las Galias hasta el Loire y los Alpes meridionales, toda la península Ibérica, las Baleares, la Cerdeña, la Córcega, la Italia y la Sicilia.* En efecto, muchos nombres de la geografía antigua de estos países se explican con etimologías bascongadas».

Y á propósito de las fases en el desarrollo de las lenguas y antigüedad de estas, emite el mismo Cantú esta curiosa observación: «El refundir una ó más lenguas en un idioma nuevo es obra del tiempo y de los hombres. ¿Necesítase repetir la distancia que hay de esto á una creación primitiva y total? Las lenguas con sistema de generación tienen, pues, una vida igual á la de los imperios y los individuos; infancia, madurez y muerte. Pero estas fases son lentas ya que los gran-

des dialectos duran por término medio *mil años*, y la agonía de muchos reúne casi entera la escala cronológica. El Griego se ha conservado en algunas aldeas de Sicilia; el Celta parece subsistir en algunas cercanías de Trípoli; el Celta y el Cimbro están agonizando desde la conquista de Cesar. *El Basco desde hace tres mil años....»*

Por donde puede colegirse la antigüedad de una lengua que cuando Roma se fundó, hacia ya unos trescientos años había entrado en la agonía.

Y la de poblaciones donde como en *Cástulo, Clunia, Sagunto, Lantosa, la Iglesuela Numanzia, Irigueros, Arlea, Salmántica, Cartagena, Ararán, Gelsa, Saldaña Ampurias, Lumbier, Montoro, Yurzun, Lecea, Obulco*, etc., se hablaba, se escribía, se legislabá, se acuñaba moneda, se labraban medallas y se erigían monumentos con inscripciones en esa lengua, que, según todos los indicios y probabilidades, distaba entonces bastante de entrar en su período agónico.

Ni es posible citar restos y vestigios de una más antigua civilización dentro de nuestra patria, si se exceptúan los de la *edad de piedra* que exceden á toda cronología histórica.

La abundancia de esas reliquias, su distribución por diversas regiones de España, la homogeneidad de sus caracteres, demuestra que aquí existió un pueblo esencialmente homogéneo, uno por su raza, por su lengua, por sus instituciones, llámesele Ibero, Celta, ó Celtíbero, anterior á los Fenicios, á los Griegos y á los Cartagineses.

Lo que no se vé, ni se palpa, ni se demuestra igualmente, es que esas reliquias pertenezcan á tres diferentes categorías que correspondan á tres pueblos distintos, ni siquiera á dos, esencialmente varios con la variedad que quiere verse entre Iberos y Celtas.

Las denominaciones fenicia, griega y cartaginesa, pueden considerarse como meramente locales las primeras, y como parcial la última. Aquí no existió (que se sepa) antes de la conquista romana, dominación general, pueblo universalmente extendido, fuera de ese que dejó impresas las huellas de su estancia en *caracteres desconocidos*.

Cierto que autores respetables como Séneca, Estrabon, Cornelio Tácito y Quintiliano, dicen que, cuando los romanos ocuparon la España, se hablaban en ella lenguas diferentes.

En cambio otros, como Plutarco, afirman que hasta los tiempos de Sertorio usaron los españoles una lengua que, solo los Cántabros conservaron cuando el resto de la nación adoptó la latina.

Bien pudiera ser que esa primitiva lengua española constase de varios dialectos ó variedades que los autores latinos calificaron de lenguas distintas.

EDUARDO DE VELASCO.

(Se continuará)

DESARROLLO

de la población de San Sebastián de 1877 á 1893, deducido del consumo de carne en la misma

Debemos á la amabilidad de nuestro distinguido amigo D. José de Carcer, cuyo amor á nuestro país es tan conocido, los siguientes curiosísimos cuadros estadísticos del consumo de carne en San Sebastián, por el cual se viene en conocimiento del aumento que desde 1877 ha tenido la población fija y la población flotante en la capital de Guipúzcoa.

Uno de los más seguros barómetros para apreciar el bienestar de un pueblo es indudablemente el consumo de carne: es este un alimento del que, por desgracia, se hallan privadas las clases menesterosas, y por su naturaleza no permite el acopio, de modo que todo lo que sea un mayor consumo significa: ó mayor número de habitantes, ó más sólida alimentación de los existentes, signo manifiesto en ambos casos de evidente prosperidad.

Por esos cuadros se ve la importancia de la inmigración veraniega y la conveniencia de mantenerla y fomentarla.

Para calcular el consumo de los habitantes se ha sumado el de los ocho meses de invierno, (Enero á Junio, Noviembre y Diciembre), el total se ha dividido por ocho y el cociente se ha multiplicado por doce.

Para calcular el de los veraneantes se ha disminuido del total de los cuatro meses de verano (Julio á Octubre) el término medio mensual del de los habitantes multiplicado por cuatro.

NOTAS ETNOLÓGICAS



V

Nada más sencillo que sentar como cosa probada que, Iberos y Celtas fueron los pobladores de España. Que los Iberos entraron primero en la península; los Celtas después, y que de su mezcla y fusión resultaron los Celtíberos.

Pero luego al estudiar los antecedentes de cada una de esas razas, sus vicisitudes, sus idiomas respectivos, se suscitan dudas y problemas de difícil solución.

Y según los caminos que se emprendan, los autores que se consulten, los datos á que se dé la preferencia, podráse concluir que, los Celtas son una rama de los Iberos; que estos son una familia de los Celtas; que son dos pueblos diversos....

Que aquí ha existido una raza de hombres llamados Iberos, es indudable. Pero si esa denominación les fué impuesta por extranjeros que desconocían el origen é historia de esa raza y de esos hombres, poco fruto podemos sacar del conocimiento de tal hecho.

Sabido es que los nombres de Iberos y de Iberia aplicados á nuestra patria aparecen por primera vez en el Periplo de Scilax de Caryanda (unos quinientos años antes de J. C.) tomados por aquel viajero de la denominación con que oyó citar un rio de la costa oriental de nuestra península: *Iber*, *Ibris* ó *Iberus*.

Esto en el supuesto de que el tal periplo sea obra de un solo autor, y de una sola época: cosas ambas que ha negado la crítica.

Mas sea ello como quiera, es lo cierto que los escritores griegos siguieron empleando la denominación de Iberos al hablar de los espa-

ñoles, dando así lugar á que, con el transcurso del tiempo se creyese en la existencia de una raza ó familia ibérica indígena ó aborigen de nuestrapenínsula.

Teniendo esto presente sin duda, algunos autores han emitido la idea de que, los nombres Iberia, Iberos, eran puramente geográficos; no impuestos á un país por una raza, sino recibidos por esta en razón de aquel.

En cuyo caso, lo mismo pueden convenir á uno que á varios pueblos habitantes en el referido país.

Por esto dicen algunos historiadores que, careciéndose de datos ciertos, históricamente hablando, solo pueden mencionarse pueblos más ó ménos antiguos, anteriores los unos á los otros.

«Aunque no de un modo positivo, varios indicios hacen sospechar que unos pueblos, cuyos descendientes parecen ser los actuales Bascongados entre los cuales se conserva en parte el antiguo idioma, se establecieron en Hispania en una época que se pierde en la noche de la más remota antigüedad; y también que estos pueblos podían pertenecer á la raza Indo-Scita que, según toda probabilidad, desparramó sus tribus por el Occidente en tiempos que se sustraen á toda investigación cronológica: pero nada autoriza para considerar como Iberos á los pueblos en los cuales los escritores griegos y romanos hallaron vestigios de las costumbres y de la fisonomía de las hordas indoescitas, ni á constituir con ellos una familia ibera. Algunas tribus índicas, pastores ó guerreros nómadas, pudieron en remota antigüedad llegar desde la península de la India y de la Indo-Escitia hasta la región mas remota del occidente de Europa; establecerse en ella y ocuparla en parte ó en todo: los hombres de esta raza podrán distinguirse por la lengua, por las costumbres, por el caracter, y la fisonomía originaria de los hombres de raza gala que les precedieron ó siguieron, mas no por ello hay motivo para clasificar á los primeros en oposición con los segundos en una supuesta familia ibérica. Para hacerlo con algún fundamento sería preciso á lo menos que en el idioma de los primeros, aún subsistente en sus presuntos descendientes, la palabra *ibero* no fuese á todas luces extranjera ó adoptada; sería necesario que los supuestos descendientes de los Iberos se diesen á sí mismos este nombre. Sin embargo, no sucede así; los Bascongados no conocen en su lengua más nombre nacional que el de Euskaldunak, y su idioma no se llama el ibero, sino el euskara. Véase, pues, cómo la denomina-

ción de Iberos carece de fundamento; lo cual sería más evidente y grave todavía á ser cierto, que tal denominación perteneciese á la lengua de los Galos, como lo hace creer, encontrar bajo las distintas formas que permiten los numerosos dialectos galos, en todos los puntos en que residieron pueblos de aquella raza ascendiendo de occidente á oriente, vestigios manifiestos, de aquel nombre que á causa de un significado que ha venido á quedar oculto, convenía, á lo que parece, á los grandes límites fluviales, á las tierras inmediatas á los rios, y sobre todo á los rios mismos.» (VILLAR).

Fundado sin duda en esto mismo, explica Romey la etimología de *Celtiberos*, haciéndola equivalente á *Celt-Aber*, (los Celtas del rio) aludiendo a la costumbre de este pueblo de unir a su nombre la expresión de los lugares que habitaban. A propósito de la cual etimología, no deja de ser curiosa y original la explicación que diera de esa misma palabra el geógrafo portugués P. Contador y Argote; fundándose en una cita de Strabon que dice: «los griegos antiguamente dividian todas las naciones del Universo en cuatro nombres: esto es, á los pueblos orientales llamaban *Indios*, á los occidentales *Celtas*, á los septentrionales *Scitas*, y a los meridionales *Ethiopes*... Pero como después fueron mejor conocidas algunas de esas regiones occidentales, comenzó á denominarse á los pueblos que las ocupaban con nombres mixtos ó compuestos, como *Celto-Scitas* y *Celto Iberos*.» Constando de estas dos autoridades (dice el P. Contador) que los Españoles y demás pueblos occidentales eran llamados Celtas ó Celtíberos en razón al sitio occidental en que vivian, y no por ser oriundos de los Galo-Celtas, *queda destruido enteramente el fundamento de la opinión antigua y del origen céltico, y por consiguiente se debe reputar fábula todo lo que en este particular se dice, y las ilusiones forjadas sobre la palabra Celtíberos; pues lo que significa es, Iberos occidentales, ó gente allende el rio Ebro.*

Boudard, en sus «investigaciones sobre la lengua primitiva de los Iberos» (*Numismática ibérica*) después de consignar que los griegos dieron á toda la península el nombre que oyeron como propio de una ciudad y pueblo que hallaron á la desembocadura del Ebro (*Iberus*)—nombre bascongado que quiere decir paso del rio, *Ibai-erri*: así como *Ibayar* originario del rio de donde *Iberia*— en otro lugar de su obra escribe: «Se encuentran Celtas en el centro, en el sudoeste y en el oeste de la Hispania. Los del centro eran llamados por los griegos *Celtíberos*, y esta denominación adoptada por los romanos *no era, sin embargo, usa-*

da por los indígenas que no se reconocían entre sí más que por su lengua y por el nombre de su tribu. Ya hemos visto el origen de la palabra Iberia: los griegos, que fundaron colonias en la costa nordeste de la Hispania, establecieron luego relaciones con las tribus del interior, reconocieron pueblos que hablaban la misma lengua que los *Ibayar* de la desembocadura del Ebro, y otros pueblos que hablaban la lengua céltica; de ahí el nombre de *Celtíberos* que dieron á los habitantes».

Y refiriéndose al hecho citado por Diodora de que los Iberos y los Celtas, después de prolongada lucha, ajustaron la paz sellándola con la alianza y fusión de los dos pueblos, de que resultó un idioma nuevo, ó sea el celtíbero, el mismo Boudard hace constar que no sucedió así; como lo prueban las monedas ibéricas de Salmántica, de los Asevacos, de Uxama de Segovia, etc., cuyas leyendas son todas del idioma ibérico ó basco puro, y lo que demuestra que cada pueblo conservó su lengua particular y vivió «como familia separada, y en oposición y lucha con el otro: estado de cosas que se perpetuó hasta la conquista romanas.

Habiendo sido Boudard á mediados de este siglo notable continuador de los trabajos con que inauguró la centuria el insigne Erro, vemos que, en punto á etnología ibérica llega á conclusiones diferentes de las expuestas por el autor basco-español. Pues al paso que este asegura ser uno mismo el lenguaje de los iberos y los celtas, considerando á estos pueblos como miembros de una familia, el escritor basco-francés afirma la existencia de ambos idiomas como diversos y separados en nuestra patria, hasta los tiempos de la conquista romana.

Así, hablando de la guerra cantábrica, dice: «Los cántabros no eran más que un pueblo céltico, habitando en medio de poblaciones ibéricas: los nombres de *Ouélica*, *Kamárica*, *Moróica* y *Argenomeskon*, aunque estropeados por los romanos, son ibéricos, y esos lugares formaban parte de la Cantabria de Ptolomeo y de Plinio. Es cierto que, cuando los restos de las poblaciones que en España se habían declarado contra Augusto durante la guerras civiles buscaron un refugio en esas montañas, los Cántabros los acogieron: y esos Cántabros eran Celtas, porque según Strabon, en virtud de las quejas reiteradas de los Autrigones, que eran Iberos, se declaró la guerra. Esta guerra tenía para el afortunado sucesor de Cesar una importancia mayor que la sumisión ó destrucción de una población, puesto que personalmen-

te vino á la cabeza de un ejército á hostigar á los rebeldes. Había allí Iberos y Celtas unidos en la comun defensa del país que podía en lo futuro aparejar su libertad, como Pelayo lo hizo después contra otros conquistadores. Domados, pero no vencidos, admiramos su sublime abnegación en el monte Bindio; que quedará siempre como el último suspiro, es verdad, de la independencia de Hispania, pero tambien como monumento imperecedero de una resistencia heróica á la dominación extranjera».

De suerte que el sabio numismata, que por doquiera encontró trazas y señales del euskara en cuantas monedas estudió, considerando esta lengua como ibérica, no pudo comprobar igualmente la existencia del Céltico á pesar de haberse este perpetuado según él, en nuestra patria hasta la conquista romana.

Y el considerar á los Cántabros como Celtas, no resulta muy conforme con esta cita de Chacho; «Séneca, nacido en España é instruido en las antigüedades de su patria, miraba los Cántabros, cuya lengua conocía, como el tipo más notable de la vieja nacionalidad ibérica.»

Supone Boudard que los Celtas invadieron la España en una época anterior al XVIII siglo antes de J. C.; que entraron por el centro de los Pirineos, atravesaron el Ebro, por medio de los lugares donde existieron después *Salduba* y *Calagunis* dejando huellas de su paso en algunos nombres; se establecieron en el centro de la península y avanzaron después al sudoeste por la región que ocupaban los Túrdulos; viéndose más tarde obligados á emigrar hácia el Noroeste de la península y establecerse en la región denominada por los Romanos *Gallecia*. Esos Celtas, en opinion del citado Boudard, eran de origen *gaélico*.

Respecto de su lengua-escritura dice este mismo autor: «No tenemos como en la cuestión Ibérica, monedas cuyas leyendas nos hagan directamente conocer cuál era la escritura y la lengua de los Celtas. En cuanto á la escritura, tal vez sea posible reconstituirla algún día buscando y clasificando las letras célticas esparcidas sobre las monedas *latinas de la Galia*».

Es decir, que de la lengua de los Celtas españoles nada nos queda que directamente nos la haga conocer, y es preciso acudir á otros países para estudiarla.

El idioma Céltico subsistió, (en opinión de muchos autores, entre los que se cuenta el mismo Boudard) en el *Gaélico*, en el *Kimrack* y el *Brezonek*. Según lo cual es de suponer que los legítimos descendien-

tes del pueblo que hablaba aquel idioma son los habitantes de Irlanda, Alta Escocia, padres de Gales y Cornuailles, y Bretaña francesa.

En tal supuesto, el pueblo Celta y su idioma deben ser estudiados en esos países, como en el nuestro el idioma y pueblo ibéricos; sirviendo esos estudios de base al superior estudio de comparación entre ambos pueblos. Ya que, si en *Hibernia* existieron Iberos como algunas afirman, y en *Iberia* hubo Celtas, como aseguran otros, allí solo dejaron indelebles huellas de su lengua los segundos, mientras que aquí las dejaron solo los primeros. Sin que alcancemos á explicarnos el notable fenómeno de supervivencia que en una parte se da en favor de uno de esos idiomas, y en otra en favor del otro, paralelamente con la total desaparición de uno de ellos, como si fuese incompatible la coexistencia de ambos en una misma región.

Solo Francia ha tenido el privilegio de conservarlos, á ser cierto que el Breton represente allí el lenguaje céltico; hablado, segun se dice, por los antiguos Galos.

Pero sobre esto conviene recordar algunas teorías que, no por ser algo viejas carecen de verosimilitud.

EDUARDO DE VELASCO.

(Se concluirá)



NOTAS ETNOLÓGICAS



VI

Háse considerado á Francia como la patria de los Celtas, en el supuesto de que eran Celtas los Galos. El sabio autor de la *Historia crítica de España*, P. Masdeu, negó esta suposición; y al paso que rehusó el celticismo de los Galos, afirmó que los Celtas eran más antiguos en España que en ninguna otra nación de Europa. Y á propósito de la lengua céltica expuso la observación de que, la región de Francia, donde menos podía esperarse encontrar los restos de aquella lengua, era precisamente la Bretaña, por ser este el país que menos ocuparon los Celtas, quienes se extendieron por otras comarcas francesas donde no quedó vestigio de tal idioma.

El llamar Celtas á los habitantes de una región de la Gran Bretaña, y céltico al lenguaje que usan, nace, según este autor, de suponer Celtas á los Galos del Norte de Francia que se dice pasaron á Inglaterra. Suposición basada en las noticias que nos legó J. Cesar. Afirma este que, en Francia hablaban tres idiomas diferentes los Belgas, los Celtas, y los Aquitánicos. Y que los Galos que de Francia pasaron á la Gran Bretaña, eran Belgas: conque no pudieron llevar allí el idioma céltico.

El lenguaje armónico tenido por céltico, es, en opinión de Masdeu «un residuo confuso y corrompido de variedad de lenguas antiguas, especialmente la celtíbera y gálica.» Muchas palabras de esa lengua se conservan casi íntegras en el castellano: tales entre otras, *circio* (cierzo), *sagum* (sayo), *bonet* (bonete), *dag* (daga), *cabl* (cable)... Y concluye de todo esto que, los restos de la primitiva lengua céltica, como los del idioma ibérico, se encuentran en el actual bascuence.

Porque según la tesis sustentada por Masdeu, existieron desde tiempo inmemorial dos pueblos en España: el Ibero y el Celta, que hablaban dos lenguas diferentes; lenguas desconocidas ya. Hoy solo se conoce el celtibérico resultado de la unión de ambas, ó sea el bascuence.

Lo cual, en último extremo, reduce la cuestión á los términos en que la planteó Erro. Porque resulta un solo pueblo conocido. con una sola lengua subsistente, el euskara, lengua comprobada sobre los monumentos de ese pueblo. Y si llevamos la formación y existencia de este pueblo y de este idioma á una fecha tan remota que exceda á toda investigación histórica, tendremos que, en la época de la ocupación romana en que empieza la historia positiva, solo había en España, propiamente hablando, Celtiberos.

Más allá de esto, nada se sabe, y el campo de las conjeturas abierto para los sabios es inmenso. Pueden asegurar que los Euskaros son iberos, que los Iberos son tártaros, mogoles, egipcios, indostanos, persas, georgianos, *guanches*, atlantes, etc., etc. Que la lengua euskara es indo-europea, que es semítica, que corresponde al grupo de las turanias, de las africanas, de las americanas. Que fué lengua universal, que lo fué solo del occidente de Europa, que fué única en España, que lo fué de Iberia y que Iberia comprendió tan solo una parte de la península, que la otra parte fué Celta; que el céltico es un dialecto del ibérico; que este lo es de aquél; que son una misma lengua, que son dos lenguas distintas, que el gaélico es el celta, que el celta es el kimrik, que este deriva del zendo, y el gaélico del sanscrit....

Y con una misma palabra, v. gr. *Briga*, acreditar la presencia del idioma céltico, en el que esa palabra significa *ciudad, fortaleza, puente*; ó la existencia del ibérico ó bascuence, en cuya lengua quiere decir: *población, pueblo, tierra, país*.

Y en suma, el resultado de todo esto, podrá resumirse en esta frase de *La Tour d' Auvergne*: «La historia no ha revelado todavía quiénes hayan sido los ascendientes de los Bascongados».

La esfinge continúa en pié, y Edipo no se ha presentado.

EDUARDO DE VELASCO.

